

Los personajes de Triunfo en la búsqueda incesante de la felicidad

Galia Ospina Villalba*

Nos hace falta practicar y divulgar esa idea: el teatro como lectura, el montaje instantáneo en el mágico escenario de la mente. Durante la lectura somos dueños de escoger los actores, la escenografía, el ritmo, las luces, de repetir, abreviar, extender o saltar ciertos pasajes a nuestro antojo. Soy, en ese caso, el único espectador, y todo el universo de la obra gira en torno a mi antojo de lector apasionado.

Triunfo Arciniegas, *Torcuato es un león viejo*, p. 11.

54

Si el escritor santandereano Triunfo Arciniegas trabajara en un circo no sería domador de leones ni trapecista, sino el payaso que hace reír a los niños, su público más exigente. Su aprendizaje como escritor proviene de sus conversaciones con los niños y de su trabajo como profesor de talleres de literatura y teatro en las veredas de Chíchara, El Naranjo y Altogrande. A los juegos teatrales ha incorporado los libros, la pintura y la fotografía. Él tiene claro que las experiencias pedagógicas deben privilegiar la felicidad por encima de la sabiduría. Lo importante es divertirse.

En los prólogos a sus obras de teatro, el autor afirma que los niños son los lápices, y el escenario, el papel en blanco. Antes de volcar las palabras en el pizarrón, Triunfo ha sido el espectador de los niños y el creador con mirada de lince que observa el mundo en silencio. Primero hay que callar para escuchar el rumor de la vida, y mucho después, surgirán los personajes como un matrimonio feliz entre la realidad y la imaginación. Pareciera que el autor construye a sus personajes gracias a una imagen o una frase que sacude su instinto de cazador solitario; luego los caracteriza y, por último, los pone a actuar como en una obra de teatro.

Este ensayo busca ofrecer a los lectores un panorama de algunos personajes de Triunfo Arciniegas desde el oficio de la creación y la singularidad

de sus rasgos más sobresalientes. A fin de agrupar a los personajes y facilitar su análisis he tejido las siguientes categorías:

1. Arriba el telón: algunas claves en la construcción de personajes.
2. Poetas, soñadores y locos en la búsqueda del amor.
3. Niñas disparatadas y rebeldes en la búsqueda del humor.
4. Lo femenino y la marginalidad.

El hilo que vincula entre sí a todos los personajes es la búsqueda en sí misma. Lo importante es el camino que se va recorriendo y no la meta a la cual se llega.

Arriba el telón: algunas claves en la construcción de personajes

El autor reconoce que cuando empezó a escribir para niños, a menudo la imagen llegó primero:

Dibujaba un personaje en un cuaderno o en el tablero de una escuela y con el tiempo aparecía la historia [...] En el fondo, creo que estoy como al principio, cuando en el cuaderno escolar hacía un dibujo y una frase [...]. A veces hago el dibujo y olvido la frase (Arciniegas, 2009).

“Arciniegas piensa en imágenes, como cree que lo hace un director de cine”. En este sentido, su maestría como escritor e imaginador de historias reside en ver en la pantalla de la mente y otorgarle un desarrollo lógico y coherente a las ideas disparatadas que se le

* Profesional en estudio literarios, magistra en Educación de la Pontificia Universidad Javeriana. Escritora de poemas, análisis, cuentos, reseñas y ensayos literarios.



ocurren. Como resultado, la escritura es una síntesis poderosa entre el orden y el caos, la liberación y lo contenible, el pensamiento silvestre y la disciplina.

Se podría considerar con certeza que sus personajes nacen de lecturas, experiencias y pasiones. Su novela *Las batallas de Rosalino* surgió de los bigotes al estilo Pancho Villa de un profesor de Pamplona y se concretó el día que supo su nombre: Rosalino Pacheco. Gracias a la creatividad y el humor, el autor logra combinar el espacio real a la geografía de la imaginación. Pamplona y Chíchara –en lengua indígena se traduce a la expresión “por donde asoma la luna”– se confunden con lugares maravillosos (Pamplonilla La Loca, Berlín, Boca de Chicle) y seres fantásticos.

En la versión de Enka el apellido de Rosalino es Mendoza, pero en la de Alfaguara (2002) su nombre completo es el de la vida real. Arciniegas le puso la profesión de herrero para mostrarle a su padre que sus años dedicados al oficio de imaginador no han sido en vano. Lo nombró caballero medieval como una manera de rendirle un merecido tributo a uno de sus autores favoritos: Cervantes. Tintoreto, el “gato negro de bigotes de seda y ojos asustados” que acompaña al maestro Rosalino es una especie de Sancho Panza. El herrero necesita del gato para dialogar y conocerse a sí mismo. De manera similar, el diablito Serafín, pequeño, rojo y barrigón, con cachos y cola, es la antípoda de Barrabás, “un ángel despeinado que volaba alrededor de un árbol”, pues “lo habían amarrado de un pie por recortarle las alas a los otros ángeles” (Arciniegas, 1998, p. 25). El ángel termina siendo el complemento del diablo y ambos entablan una profunda amistad.

La singularidad del diablito reside en sus características humanas. Vive entretenido con las flores y el

canto de los pájaros. Al comienzo, los habitantes del pueblo le temen, pero después de capturar a tres bandidos que asaltaban un banco, se transforma en héroe.

Serafín oscila entre la risa y la poesía y se mueve en escenarios que combinan lo cotidiano y lo fantástico. Las situaciones descabelladas tienen un lugar en la vida del personaje. Felisberto, el dragón de Chíchara, está impaciente por librarse de la fea hija del rey que secuestró por error. Serafín siente compasión por él. “Amaba a los dragones porque escupían fuego, porque eran solitarios y terribles, porque eran poetas” (Arciniegas, 1998, p. 32).

Ángel y demonio comparten aventuras y experiencias. En la casa de Barrabás hay música, pero no aguardiente, y el hogar de Serafín es demasiado caluroso. Ambos encuentran un lugar de mediación entre los elementos opuestos en Pamplona, donde el viento ruge y las montañas son visitadas por la niebla y la lluvia.

Poetas, soñadores y locos en la búsqueda del amor

A Triunfo le gusta el arte de la parodia. En *El león que escribía cartas de amor* (1989) se imagina al rey de la selva “ciego y torpe”, “borracho de amor”, “desmelenado y sin afeitarse”. Sus tradicionales cualidades de fiereza son reemplazadas por la vulnerabilidad, la locura y el desasosiego que vienen con la desgarradura del amor. “La felicidad, entre otras cosas, es una compañía fugaz” (Arciniegas, 2009). El león era feliz “en el reposo de la luz y la tibieza de las noches” hasta que se enamoró del ave del paraíso, la más bella de Nueva Guinea. La persiguió con frenesí, cayó en un foso, se lastimó una pata y abandonó su reino. Se enteró de que la habían atrapado en una jaula y de que se aburría en el zoológico de la ciudad. Se propuso rescatarla y hasta se hizo pasar por actor de cine.

Nos conmueve este rey humano que se enamora de la terrible belleza hasta devorarla y dejar sólo “las hermosas plumas, que el sol transformó en un fantástico incendio”. La vida se experimenta en los extremos: la peligrosa seducción de la belleza o la atracción por el abismo y el crimen. Estas pulsiones de vida y muerte nos aproximan a la rebelión fundamental de los románticos:

Los grandes, tanto en el bien como en el mal –escribe Machen– son los que abandonan las copias imperfectas y se dirigen a los originales perfectos... La esencia del pecado sería tomar el cielo por asalto, penetrar de ma-

nera prohibida en otra esfera más alta [...] En realidad, pocos hombres desean penetrar en otras esferas, sean altas o bajas, y de manera autorizada o prohibida. Hay pocos santos y los pecadores son todavía más raros (Azcuay, s.f., p. 150).

El león que escribía cartas de amor ha sido clasificado en el género de la literatura infantil, pero bien podría entrar en las obras consideradas para adultos por el trasfondo humano y psicológico que lo caracteriza.

Triunfo diría que sus personajes “deambulan por caminos oscuros y escabrosos, lastimándose la piel, hasta encontrar la luz” (Arciniegas, 2009). El autor busca que las palabras contengan huellas del viaje hacia el astro solar y lunar en la búsqueda incesante de la felicidad. Una muestra de ello es el relato “La bella y el gusano”, que nos recuerda la compleja conciliación de las diferencias en la realización amorosa. En la escena, hace su aparición “un gusano solitario y triste”, que se enamora con locura de una golondrina arrogante, quien se divierte humillándolo con el hálito de la indiferencia. Una vez más acudimos a los polos opuestos e irreconciliables: el plano de la tierra y la oscuridad (encarnado por el gusano) y el plano celeste y luminoso (simbolizado por la golondrina).

Al igual que el león que escribía cartas de amor y el gusano, Torcuato y Rigoberto también sufren los rigores de la terrible soledad y el abandono. Torcuato es un león viejo que ya no quiere gobernar en el país imaginario de Dinamarca y por eso se evade en los placeres de la comida y el sueño. Su mujer es una loca que se la pasa viajando de país en país y su hija todavía no encuentra un esposo. Los versos de *Intensidad y altura*, de César Vallejo, enriquecen la obra. Para justificarlos, el autor se inventa a un frustrado notario que ha perdido la magia y “el toque sagrado”. Nos recuerda a “Bartleby, el escribiente”, ese extraño personaje de Herman Melville, que ante cada mandato de su jefe respondía con suavidad y firmeza: “Preferiría no hacerlo” (Melville, 1990, p. 20). En el lenguaje de la comedia de Arciniegas, hay un sabor amargo, una oscuridad de cueva y pozo subterráneo. El reino se ha perdido, las princesas están tristes como en los versos de Rubén Darío y la noche de las brujas ha cubierto los últimos rayos del sol.

Rigoberto, quien aparece en *Carmela toda la vida* (2004), parecería ser la continuación de *El león que escribía cartas de amor*, si éste hubiera ingre-

sado en un circo en desgracia. En esta versión, el león no es más que “un gato flaco y triste”, que una mañana se levanta de mal genio y se traga a Tomás Carrasco, dueño del circo.

Así como presenciamos el descenso a la noche de estos personajes, Arciniegas, también nos invita a contemplar la luminosidad y el ascenso de la alegría en personajes como El tío Alejandro Almenábar (2003) y El profe Mambrú (2001).

El tío Alejandro se la pasa viajando por todo el mundo, pero siempre regresa con un botín de historias y sorpresas. El sentido de la aventura hace parte de su noción de libertad. Es necesario ausentarse y volver para reconocer las líneas del afecto. El profe Mambrú parece integrar la misma familia de tras-humanantes del alma. Ambrosio, “el único pájaro del universo”, vive en su cabeza móvil y sabia. Mambrú no les dice a sus estudiantes “abran los cuadernos” sino “abran el corazón”.

Triunfo Arciniegas considera que “el hombre normal, sometido a las leyes y a las buenas maneras, es el hombre mediocre. Es como todos”. El autor lo reitera al afirmar:

Me gustan los personajes que rompen la norma, por encima o por debajo, el loco o el idiota. La locura es bella en literatura, no así en la vida real, donde resulta triste. La locura nos permite el disparate, nos introduce en la escritura carnavalesca, en los excesos y las paradojas. Pateamos la armadura de la lógica y todo es posible. El idiota, personaje primitivo, nos permite ver la otra cara de la moneda, a veces retorcida y no siempre tan simple (Arciniegas, 2009).

Los personajes poetas son censurados, pero son los únicos que se atreven a mirar las tierras prohibidas de la realidad. Recordemos a Roberto, el sapo que sueña que es rey de Dinamarca. Todo el mundo sabe que está loco, pero desconoce que su felicidad reside en no dejarse esclavizar por las leyes de la lógica. Él sabe que está encantado y le hace eco al sapo de *Los besos de María* (2001), quien al verse al espejo “reconoce que el poeta Whitman tenía razón: el sapo es la obra maestra de Dios. ‘Soy como soy y me gusta como soy’, decía cada mañana”. Roberto desafía las convenciones: “Luce paraguas, bufanda y abrigo, cuando hace sol. Y su traje de baño y sus anteojos de playa, cuando llueve” (Arciniegas, 2005). Es un poeta clandestino. Le encanta disfrazarse, al igual que Bariloche, el vago que se enamora de la negra Bocaflor.

Bariloche “se volvió loco de la noche a la mañana”. Llegó a creer que era una serpiente, un pájaro, un perro que le aullaba a la luna, un gato dentro de un perro, hasta que recuperó la calma y volvió a ser Bariloche.

La locura desata la multiplicidad de yoes que nos habitan. Dejamos de ser una entidad de contornos precisos para devenir jauría. La locura también permite que existan personajes que embellecen el mundo como el loco que “sembró un fósforo en el jardín de su casa del cual surgió el árbol de candela como de lenguas rojas, naranjas y azules que se perseguían sin descanso desde la tierra del jardín hasta el cielo” (Arciniegas, 2008, p. 9).

Niñas disparatadas y rebeldes en la búsqueda del humor

La infancia resulta un territorio propicio para desafiar el orden y las reglas impuestas por el mundo adulto. Ante el reino de la costumbre, la niña o el niño nos invitan a una navegación empírica. Triunfo Arciniegas sabe que:

La mente del niño es mágica, la misma del hombre primitivo. Imagen y objeto se confunden. Por eso el niño se asusta tanto con las máscaras. Por eso funcionan tan bien los fantasmas y las criaturas fantásticas en la narrativa para niños. Poco a poco he definido la galería de mis personajes: ángeles, demonios, sirenas, brujas, lloronas, vampiros. No existen pero hablamos de ellos todo el tiempo, es decir, hacen parte de nuestra vida (Arciniegas, 2009).

Para un niño, un pedazo de tela puede transformarse con facilidad y sin esfuerzo en una nube o una gaviota. La niña Alejandra es una “hacedora de sueños y rarezas” que escribe en su diario con un alfabeto inventado para proteger “la dicha de sus secretos”. Es “a la vez frágil y fuerte, traviesa y un poco loca” (Arciniegas, 2005). Alejandra se parece a la princesa de *Yo, Claudia* (2006), quien asumió el reino del palacio por tres días. El criterio de su gobierno fue la diversión. Pintó el palacio de rosado, cambió las pinturas de lugar y adornó las estatuas de doña Isabel. Alejandra y Claudia no temen desafiar los convencionalismos. Se saben diferentes y proclaman esta singularidad como el comportamiento natural de la libertad.

Lo femenino y la marginalidad

La obra *Caja de lágrimas* (2004) está dedicada “a Lucy y el dolor de su ausencia”. El autor nos cuenta que Lucy terminó enamorándose de un escritor llamado León Santamaría que publicó una novela bastante mala “con el título de la canción de los Beatles, *Lucy en el cielo con diamantes*” (p. 109). “Lucy se desvaneció en el cielo de los caballos” y el narrador quedó como Borges con una mujer doliéndole en todo el cuerpo. ¿Quién es este misterioso personaje que tiene un gato blanco y es feliz con un libro de poesía entre sus manos? Dicen que:

[...] tanto lloraba que soñaba que era un árbol de lágrimas. La gente venía a comer sus lágrimas para olvidar las penas de amor. Lucy era el árbol del olvido. La gente se llevaba la lágrima en una botellita y la pellizcaba cada vez que necesitaba del olvido (p. 58).

Le dio sus lágrimas a un payaso que no hacía reír a nadie y el payaso regresó feliz. Una noche, Lucy se encontró con el vampiro de las gardenias, quien había perdido sus alas en una partida de naipes.

Arciniegas prefiere a los personajes marginales, a los perdedores; aunque los periódicos alaben siempre a los exitosos, quienes resultan predecibles y encierran menos posibilidades dramáticas. Lucy ama a los personajes que carecen de algo y que por eso mismo se encuentran en una búsqueda sin fin. Su sentimiento de empatía la lleva a hacer algo por el bebedor de la luna. Él le dijo: “Lo que sé del olvido lo aprendí de la luna” (p. 90), mientras acariciaba las orejas de un gato muerto.

Lucy podría simbolizar el ideal de la belleza, el oasis del amor, la felicidad fugaz, el paraíso perdido. Los hombres la buscan porque ella, “toda pecosa y pelirroja, alta, delgada y pizpireta” (p. 19) además de oler a rosas, es la fuente del consuelo y la isla prometedora de la felicidad.

Lucy es también la mujer que vivía dentro de un caballo pecoso que se llama Felisberto Hernández y quien existió en la vida real. Él fue un escritor extraño e inclasificable. De su grandeza, dio cuenta el escritor Italo Calvino. A él le ofreció las siguientes palabras: “La asociación de ideas no es solamente el juego predilecto de los personajes de Felisberto, es la

pasión dominante y declarada del autor, al entrelazar un tema con otro como en una composición musical” (Calvino, 1985, p. 4). Triunfo Arciniegas continúa el juego combinatorio y se inventa al caballo que pasta a la orilla del río de los almendros y se come a Lucy recién bañada mientras ella está leyendo el capítulo de los amores de Cósimo Piovasco de Rondó, el protagonista de *El barón rampante*, “un loco feliz que pasó toda su vida trepado a los árboles” (Arciniegas, 2004, p. 31). Lucy continúa leyendo dentro de la barriga iluminada del caballo que se alimenta de las flores favoritas de las luciérnagas. Ella nos recuerda a Jonás en el vientre de la ballena. Lucy está también en el interior oscuro del escritor, quien se alimenta de las flores diminutas de la memoria; difíciles de poner en palabras debido a “la herida de la ausencia” (Arciniegas, 2002, p. 106).

Triunfo Arciniegas no sólo imagina a sus personajes, sino que también es imaginado por ellos. El autor es otro personaje de la obra. Si la realidad colombiana nos golpea con su cruda violencia, todavía nos quedan puertas y ventanas para entrever el otro lado del sol y de la luna.

Los personajes deambulan como fantasmas en las tierras de la memoria y de la imaginación. Son ellos los contenedores de las historias, del tiempo y el espacio. En el vientre de la ballena, el autor quiere nombrar el mundo en tinta verde:

Esta noche, señores, para mí, es una paloma que vuela alto y lejos. Tengo la fe, me la juego toda. Esta noche es una paloma, vean cómo se eleva y se llena de luz, cómo nos da un cosquilleo, unas ganas locas de vivir, de saborear la pulpa de la dicha. Véanla, señores, que festeja. Porque para eso nos hemos reunido, entiendo yo, para festejar la poesía, el derecho a la imaginación y la belleza, el placer de los libros, el amado territorio de la infancia que nos habita y el doloroso ejercicio de estar vivos y respirarnos. Oigan los aletazos, señores, que vuela alto y con pureza (Arciniegas, 2002, p. 128).

Referencias

- Arciniegas, T. (1998). *Serafín es un diablo*. Il. Bogotá: Panamericana.
- Arciniegas, T. (2000). A manera de prólogo. En *Torcuato es un león viejo*. Bogotá: Panamericana.
- Arciniegas, T. (2001a). Besos de sapo. En *Los besos de María* (Ilust. de Sandra Ardila). Bogotá: Alfaguara.
- Arciniegas, T. (2001b). El profe Mambrú. En *El vampiro y otras visitas* (Ilus. de Jotavé). México: Fondo de Cultura Económica.
- Arciniegas, T. (2002). Animal de luz. En *Noticias de la niebla (1973-2002)*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Arciniegas, T. (2003). El tío Alejandro Almenábar. En *El vampiro y otras visitas* (Ilus. de Jotavé). México: Fondo de Cultura Económica.
- Arciniegas, T. (2004). *Caja de lágrimas* (Ilus. Carlos Manuel Díaz). Bogotá: Ediciones B.
- Arciniegas, T. (2005a). *Los olvidos de Alejandra*. Il. Bogotá: Panamericana.
- Arciniegas, T. (2005b). *Roberto está loco* (Ilust. del autor). México: Fondo de Cultura Económica.
- Arciniegas, Triunfo. (2008). El árbol de candela. *Los casibandidos que casi roban el sol y otras historias*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Santa Fe de Bogotá. Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Azcuy, E. (Sin fecha). Rimbaud y la rebelión fundacional. En *El ocultismo y la creación poética*. Caracas: Monte Ávila.
- Calvino, I. (1985). Las zarabandas mentales de Felisberto Hernández. En *Felisberto Hernández. Novelas y cuentos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Melville, H. (1990). Bartleby, el escribiente. Una historia de Wall Street. En *Bartleby*. Bogotá: Norma.